

Mi calle – tu calle

1

Ya había llegado el momento. Emma estaba sentada con sus padres en el avión. No se sentía nerviosa, ya que había volado varias veces antes. Pero esta vez era una distancia tan larga; ya llevaban más de 10



horas de viaje. La Paz: eran de Fráncfort más de 10.500 km con dos escalas cortas en Madrid y Santa Cruz. Con su padre había visto en el mapa que La Paz se encontraba en Bolivia en América del Sur. Él ya había estado algunas veces allá y ahora debía aconsejar a una empresa de energía hidráulica. Con mucho entusiasmo, durante las semanas pasadas había contado a la familia acerca de Bolivia, un país lleno de contrastes, que también era llamado el mosaico del mundo.

Ahí se encontraban todas las zonas climáticas y de vegetación, desde el desierto por el desierto de sal, valles subtropicales y la selva hasta el altiplano de 4000 m y la sierra de los Andes. Ahora Emma viviría a 4000 m de altura.

¡Se lo tiene uno que imaginar! Su ciudad en Alemania estaba a sólo 20 m sobre el nivel del mar, la Zugspitze, la montaña más alta de Alemania, ni siquiera tenía 3000 m de altitud. ¿Se notaría la diferencia? Ella pensaba en su hogar, en sus abuelos, en su amiga Marie, en el viejo vecino Ben a quien le había leído con tanto gusto. En realidad ella no quería irse de ahí. Pero nadie le había preguntado. En lugar de esto sus padres le habían contado de la casa grande en la cual vivirían, y se habían entusiasmado por la nueva escuela. Su madre no había dado importancia a la preocupación de cómo ella debía comunicarse sin conocimientos de español y solamente había dicho que ella iría al Colegio Alemán y que allá la enseñanza se realizaría en alemán. Con todos estos pensamientos Emma se durmió.

2

“Emma, mira”, llamó su padre de repente. „Ya casi llegamos, abajo de nosotros ya puedes ver La Paz.“ Emma se frotó los ojos y miró de la ventana. Ella quería mucho a su padre y no quiso mostrarle que en el fondo estaba muy triste. “Waaaaooooooooohh”, exclamó llena de asombro y esta vez realmente no estaba fingiendo. Bajo de ella se derramaba un mar de pequeñas casitas coloridas cuyos techos estaban iluminados por los rayos de sol y la cegaban como un espejo. Una ciudad así nunca había visto. La ciudad estaba ubicada en un cañón gigantesco, rodeado por montañas en cuyas cumbres había nieve. ¿Se podía esquiar ahí?

Cuando Emma bajaba del avión, se agarró de su padre porque tuvo de repente la sensación de encontrarse en un barco. “¡Esto hace la altura, te acostumbrarás a ello!”, dijo su padre. Mientras que esperaban sus sellos de ingreso al país, Emma miró en detalle a la gente delante de ella en la fila. Papá sobrepasaba a todos por lo menos por dos cabezas. También Emma constató orgullosamente que ella era casi tan alta como la boliviana delante de ella. En su curso ella había sido siempre una de las más pequeñas. ¡Era una sensación fantástica, finalmente ser parte de los grandes!

Adelante del edificio de aeropuerto se acercaron directamente cuatro conductores de taxi a la familia para llevarles al centro de la ciudad. Pero el padre de Emma prefería ir en uno de los minibuses blancos. Arriba en el techo del auto ya estaba parado un hombre que abrochaba allá las piezas de equipaje de los pasajeros. Mientras tanto el minibus se había llenado y solamente había espacio adelante al lado del conductor. Así la familia se sentó aplastada entre los tres a los dos asientos delanteros. Cinturones de seguridad no había. Con un arranque el conductor salió. Emma tuvo la sensación como si él habría confundido el pedal del acelerador con el freno. En vez de contener en un cruce, él apretaba el gas, tocaba tres, cuatro veces la bocina y conducía a toda velocidad con carajo por el cruce. Cuando el minibus bajaba de la ciudad de El Alto dónde se encontraba el aeropuerto, a la ciudad de La Paz, Emma contuvo la respiración. ¡La vista, que ella tenía a la ciudad, era increíble! Un mar de casas se extendía sobre las inclinaciones, muchas casas parecían estar construidas a medias. En el fondo estaba sobresaliente el Illimani, la montaña de casa de La Paz que parecía proteger la ciudad. Por más que ellos se acercaron al centro de la ciudad, más llenas estaban las calles. El minibus avanzaba parando solamente, las calles estaban llenas de personas, toda la vida parecía estar en la calle. Había muchos colores y mucha bulla. Recién cuando se acercaron a la zona más rica, la zona sur, en la cual ellos debían vivir, se hacía más verde y de alguna forma también más europeo. Aquí parecía casi como en Alemania, ordenado, más tranquilo, pero también más restringido, más aislado.

La última parte ellos tenían que caminar a pie. No tenían mucho equipaje, dado que sus cosas habían sido expedidas ya algunas semanas antes con un contenedor. Delante de su nuevo hogar – una nueva construcción elegante que estaba escondida detrás de un seto alto – Emma se atrapó con el pensamiento que la casa era al menos tan hermosa como la suya en Alemania. ¡Había hasta un jardín bien grande con una piscina pequeña!

3

Emma se había adaptado bien en los últimos cuatro meses. El Colegio Alemán, uno de los colegios privados más caros del país, era hermoso. Los compañeros de curso también eran amables y efectivamente la mayoría de las clases se daban en alemán. Ahora había vacaciones de invierno – ¡en julio! Pero de verdad hacía frío, especialmente en las noches. Muchos de sus amigos hacían vacaciones con sus familias en Alemania, y Emma no sabía qué hacer. Al final logró convencer a su madre de ir al centro con ella. Todavía no había ido, solamente en el día de su llegada habían pasado por el centro. Abajo en la zona sur había todo lo que necesitaban. Además allí su madre se desenvolvía bien con inglés y alemán, su español estaba bastante mal todavía, lo que le molestó a Emma. Ella tenía clases de español en la escuela, ¡por suerte! ¡Después de todo quería conversar con la gente en la calle!

Todavía la impresionaba y le encantaba el barullo en las calles del centro. En cada esquina se podía comprar algo, aquí una Coca-Cola (para desenvolverse bien con la altura debía tomar mucha Coca-Cola; junto con el mate de coca que no se podía comprar tan fácilmente en la calle, la Coca-Cola era el remedio contra el mal de la altura), allá algún dulce. Parecía como si se pudiera comprar todo en la calle; ¡un supermercado no era necesario!

La madre de Emma quiso comprar un aguayo colorido para usarlo como mantel de mesa, uno de los que usaban las mujeres para cargar a sus niños o cualquier otra cosa en su espalda. Rápido se dieron cuenta que algunas cosas como telas, pinturas o herramientas solo se ofrecían en lugares específicos, pero en estos lugares las había en toda la calle. Emma no se podía explicar cómo el tercer vendedor del lado izquierdo todavía podía ganar algo.

Lentamente avanzaron, preguntando por direcciones, siempre subiendo por pequeños callejones. Su madre tuvo que pararse algunas veces para descansar, la altura le costaba todavía. Pero no quisieron subir a un bus. No existían paradas ni horarios; la gente parecía saber igual cual bus parar y donde subirse. En la ventana adelante había letreros indicando diferentes paradas, y por la ventana alguien siempre gritaba la dirección. Para Emma y su madre todo fue nuevo, este caos, además el mal olor que emitían los autos al subir lentamente las calles.

Después de un tiempo que les parecía una eternidad habían encontrado la calle correcta. La madre de Emma se fue de puesto a puesto mirando todos los aguayos exactamente. Emma se aburría, para ella todos los aguayos se veían iguales, entonces la decisión no podía ser tan difícil. En un puesto había un televisor que daba una película de Disney. Cautivada Emma se paró y no se dio cuenta que su madre seguía avanzando. En un lugar tuvo que reírse mucho. En su espalda se rio alguien también y se dio la vuelta. Se asustó fuerte. A la misma altura vio solo dos ojos, el resto de la cara fue cubierto por una máscara. Miró al chico (¿o acaso era chica?) de arriba hacia abajo, y halló una cajita en su mano. El chico se había dado cuenta que Emma le miraba, y tuvo que reír otra vez. “¿Nunca has visto a un lustracalzado?” le preguntó. “No, sí, no sé. Me asustaste. Donde nosotros en la zona sur sí hay lustracalzados, pero no usan máscaras. ¿Por qué lo estás haciendo? ¿Te estás escondiendo de alguien?” “No, no quiero que los demás sepan que trabajo como lustracalzado. Tendría que aguantar muchos rumores y mucha burla en la escuela. Pero ahora tú lo sabes. Me llamo Raúl, ¿y tú?” “Yo soy Emma.” “Pero no eres de aquí, ¿verdad? ¿Estás aquí sola?” Recién en este momento Emma se dio cuenta de que su madre ya no se encontraba en el puesto. Insegura miró a su alrededor, su madre no estaba por ningún lado. ¿Qué debía hacer ahora? Raúl se dio cuenta que estaba a punto de llorar. “Vamos, la vamos a encontrar.” La tomó de la mano y preguntó a cada vendedora si había visto a una gringa, una alemana. Al final de la calle Emma vio a su madre braceando y hablando a un policía, que al parecer no la entendía bien. Emma y Raúl gritaron, cada uno en su idioma. La madre de Emma se dio la vuelta y se tiró sobre Emma. “¿Dónde estabas? ¡No te puedes escapar así!” Mientras tanto el policía se había acerado y le gritó a Raúl: “¡Lárgate ahora mismo!” Emma se puso entre ellos. En alemán dijo: “¡No me escapé, tú simplemente seguiste caminando y me dejaste sola!” Al policía le dijo en español: “¡Él es mi amigo Raúl, me ayudó a encontrar a mi mamá!” El policía se retiró entonces. Aunque Emma no pudo ver la boca de Raúl, notó una sonrisa en sus ojos. “Gracias”, dijo, “¡nadie nunca me ha defendido así!” Recién la madre de Emma se dio la vuelta hacia Raúl. Ella también le miró desde arriba hasta abajo y después le pidió perdón. Le dio diez Bolivianos, pero a Raúl le incomodó y no los quiso aceptar. Le pareció que ella le daba el dinero por lástima. Pero diez Bolivianos equivalían a diez zapatos lustrados. Con ese dinero y sus ganancias podría comprar por fin los medicamentos para su hermano menor e irse directamente a casa. Tendría que lavar su ropa todavía, pero si se apurara tal vez alcanzaría a jugar fútbol con sus amigos. Así que aceptó el dinero. Como vio que Emma y su madre estaban súper cansadas, paró un taxi y le explicó al chofer a dónde iban.

4

Después de una semana, Emma fue con sus padres otra vez al centro de la ciudad. Había llegado un paquete para ellos que quisieron recoger en la oficina de correos. Cuando llegaron, Emma escuchó a alguien llamándola por su nombre a través del ruido de las calles. Confundida se dio la vuelta pero no podía ver a ningún conocido. Una segunda vez escuchó a alguien llamándola por su nombre, así que miró por la derecha y por la izquierda de la calle. En el mismo momento, alguien adelante de ella se levantó, tuvo la cara cubierta con una máscara: “Hola Emma, ¿cómo estás?” Obviamente Emma estaba confundida, pero luego reconoció al chico. Era Raúl. Emma le presentó Raúl como su salvador a su padre

y le pidió que pueda quedarse afuera con él mientras que los padres iban a recoger el paquete. Aunque ellos estaban un poco escépticos, aceptaron y entraron. Raúl le dio su banquito a Emma, en el que se sentó de manera complicada. Él mismo se sentó en el suelo. “No parece muy cómodo”, dijo Emma. “¿Estás sentado así todo el día?” “Estoy acostumbrado. Ya lustro zapatos hace dos años”, le respondió Raúl. “¿Cuántos años tienes pues?” le preguntó Emma. “Tengo diez años”, dijo Raúl, “¿y tú?” “Yo apenas tengo nueve años. Entonces empezaste a trabajar con ocho años ya. Algo así no existe donde nosotros en Alemania. ¿No estás yendo a la escuela?” “Sí, claro. Estoy lustrando más que todo en las vacaciones para ganar un poco de dinero. Así puedo apoyar a mi madre.” “¿Entonces ni puedes guardar el dinero para ti mismo?” “Es para todos nosotros. Cada uno aporta lo que pueda. Si no, no nos alcanzaría. Mi hermana mayor vive con nosotros con su bebé pequeño y además tengo tres hermanos menores todavía. Y ahora se ha enfermado mi hermanito Gabriel, así tenemos aún más gastos que normalmente.” Emma no sabía qué responder. Ella hasta ahora nunca tenía que preocuparse por el dinero. Nunca había pensado que para otros niños la situación podría ser muy distinta, lo que ahora le dio mucha vergüenza. Por suerte, Raúl tuvo un cliente justo en ese momento, así al parecer no se dio cuenta del desconcierto de Emma. Ella observó con admiración como Raúl estaba lustrando e intentó fijarse las diferentes partes de la lustrada. Al final los zapatos brillaron realmente. El cliente le tiró una moneda de un Boliviano y se fue. “Ni te agradeció ni dijo nada. ¡Que descortés! ¡Tendrías que defenderte!”, se enojó Emma. Raúl tuvo que reír. „No me dio cuenta. Es que también a eso me he acostumbrado, la mayoría nos ignora. Me alegro que por lo menos se hacen lustrar por mí, y mientras pagan, todo está bien.” Poco después salieron los padres de Emma con el paquete de la oficina de correos y directamente quisieron seguir andando. Rápidamente Emma le preguntó a Raúl: “¿Siempre lustras aquí?” “En la mayoría de los casos sí, así que puedes venir a visitarme otra vez.”

5

Raúl contó su dinero: ocho Bolivianos. Eso apenas alcanzaría para un sándwich como almuerzo y el pasaje de vuelta a casa. Tendría que lustrar unas horas más todavía. Gabriel necesitó urgente medicamentos y dinero para su próxima cita con el médico. El niño pensó en Emma. A él mismo le sorprendió cuantos detalles de su vida ya le había contado, aunque casi no se conocían. Ahora ella ya sabía más de él que sus amigos de la vecindad o de la escuela. Y a pesar de esto parecía que Raúl le cayó bien. Por supuesto se había dado cuenta que Emma se había callado cuando le había dicho que no alcanzaba el dinero para nada. Obviamente ella no sabía que existían problemas de este tipo. Él tenía que reír cuando pensó en como ella se enojó por cosas que ni siquiera le afectaron. El hecho que llevaba pasamontañas para no ser reconocido, al parecer ella tampoco pudo entender. Tienes que defenderte, me ha dicho. ¿Pero cómo? Si lustraría sin máscara todo sería aún peor. Por supuesto el trabajo no es malo, eso yo mismo lo sé. Incluso me gusta lustrar y así puedo aportar un alivio para mamá. Además soy mi propio jefe y nadie me da órdenes. “¡Eh, despiértate, dormilón! ¡Lústrame!” Por las palabras groseras Raúl dejó sus pensamientos y lustró rápidamente el zapato que estaba delante de él. Se concentró completamente en el zapato y no se atrevió por nada mirar hacia arriba. ¡Seguramente Emma se habría alterado de nuevo!

Ahora Raúl estaba realmente despierto. En las siguientes horas todavía tenía unos clientes más, así que en la tarde fue contento a casa. El camino fue largo, tenía que tomar dos minibuses y luego caminar algunas cuadras más. Por la ventana de la movilidad observó a las vendedoras que en sus polleras coloradas se acomodaban en la vereda, poniendo su mercancía delante de ellas. Así no ganaban mucho dinero. Esto sabía Raúl por su madre, que había dejado su trabajo anterior de lavandera por una enfermedad de coyuntura. Ahora sólo le quedaba ganar de la misma manera el sustento para sus cinco

hijos y su nieto. Antes, cuando su esposo había trabajado en la mina y todavía no vivieron en la ciudad, ella había podido encargarse todo el día de la casa y de la familia, pero desde su fallecimiento, cada Boliviano particular, que era traído a la casa en la noche, tuvo un significado inestimable. Por eso Raúl estaba muy orgulloso que él podía por partes alimentar a la familia mediante las lustradas.

El sol ya había desaparecido detrás del Illimani. A Raúl le encantaba ese momento cuando poco a poco en todos lados destellaron las luces, la ciudad era entonces un océano de luz. Antes de irse a casa, fue a comprar un poco de pan y huevos. Sus hermanos ya lo estaban esperando con añoranza y le dieron más la bienvenida todavía cuando vieron los huevos en su mano. Hoy habría huevos revueltos.

Su madre recibió los huevos agradeciéndole. Cada uno tomó su plato y se sentaron en las camas. La familia tenía sólo dos cuartos y un pequeño espacio para cocinar. En uno de los cuartos durmieron la mamá y la hermana mayor con su bebé, en el otro durmieron Raúl y los otros hermanos. No había mucho espacio, así que cada cama la tenían que compartir entre dos. Al menos tenían una mesa y una silla para hacer sus tareas. El baño compartieron con otras familias en el patio. Siempre comieron en el cuarto de la madre porque ahí fue menos apretado y por eso más cómodo. “Cuando sea mayor, voy a construir un tercer cuarto”, pensó Raúl.

Raúl le contó a su mamá sobre su reencuentro con Emma y sobre el hecho que ella no sabía nada de la realidad de su vida. “Para mí no es posible simplemente salir y decirles a todos: ¡Miren, soy lustracalzado! Todos piensan que somos unos criminales, que inhalamos clefa o que tomamos alcohol. Puedes ver tú misma eso en el caso de tío Edwin como siempre habla mal de los lustracalzados.” Su madre se acercó. “Por mi parte todos podrían saber que trabajas como lustracalzado. Sin tu ayuda muchas veces no sabría que deberíamos comer o como pagar los medicamentos. ¡Estoy muy orgullosa de ti! Pero puedo entender que no lo quieras decir a nadie. Es que la gente tiene tantos prejuicios y cuando le va mal, le gusta buscar a alguien a quién le va aún peor, para poder pisotearlo.” “Pero sería lindo si las personas como Emma por lo menos podrían entender como estamos”, dijo Raúl. “Tengo una idea”, le respondió su mamá. “En algún lugar todavía tenemos aquí una caja vieja de lustrar. Cuando viene la próxima vez, ella misma puede lustrar. Entonces tal vez puede entender mejor cómo te sientes. Además la puedes invitar una vez aquí. Me gustaría mucho conocerla.” Raúl miró muy emocionado a su mamá. De alguna forma ella siempre encontraba soluciones para todo. Así lo haría.

6

En los siguientes días Raúl siempre estaba esperando a que Emma volviera a aparecer. Pero ella no venía. Ella solo podía venir al centro acompañada por sus padres. Lo que él no sabía, era que Emma les estaba rogando cada día y dando lata a sus papás para volver ir al centro. En el Colegio Alemán tenían vacaciones largas en julio y agosto como en Alemania, por el contrario en las escuelas en Bolivia, solo tenían dos semanas de vacaciones durante el invierno y éstas estaban ya por terminar. En el caso de que ella ya no fuera al centro, no volvería a ver a Raúl. ¡Ella no sabía ni siquiera donde vivía él! Al fin, su padre accedió. “Hoy puedes venir conmigo”, le dijo. “Tengo que ir cerca de la oficina de correos, durante ese tiempo puedes sentarte a lado del Raúl. ¡Pero no te muevas para nada de ese lugar!” Emma brincó de alegría y se puso a buscar sus cosas. Según ella el autobús estaba tardando demasiado. Al llegar a la oficina de correos comenzó a buscarle con la mirada. Hoy día estaban mucho más lustracalzados, por lo que Emma no estaba segura si Raúl era uno de ellos. Posteriormente ella lo reconoció por sus zapatos. Se acercó a él y puso su pie sobre su caja de lustrar. Raúl comenzó inmediatamente con su trabajo. Emma miró penosamente sus zapatos, que en verdad necesitaban una buena lustrada. Comenzaba a reír y recién Raúl levantó la mirada y dijo: “¡Esto sí es una linda sorpresa! ¡Pensaba que no nos volveríamos a ver!

Voy a lustrarte rápidamente los zapatos y después te daré mi sorpresa.” Emma se despidió de su padre y le aseguró que se quedare por la oficina de correos por las siguientes dos horas. Poco después Raúl la tomó de la mano y se dirigieron a un puesto de venta cercano. Raúl le dijo a la vendedora: “Doña María, ¿me puede dar ahora la bolsa que hace un par de días está guardando para mí?” La señora observó a los dos niños y sonriendo dio a Raúl la bolsa. “Ahora estoy muy curiosa”, dijo Emma. ¿Qué es lo que has traído?” “Todo lo que necesitas para trabajar conmigo como lustracalzado: una caja con banco, cepillos, crema de lustrar, trapos para sacar brillo, una máscara y unos guantes para que no se vean tus manos claras.” “Oh, esto es genial.” Ella miró a si misma hacia abajo y se rio: “¡Más bien que en casa todo tuvo que ser rápido y no me puse mi mejor vestido, sino que me he quedado con mi ropa deportiva!” Raúl y Emma caminaron un par de metros, donde ella pudo ponerse la máscara estando fuera de la vista de personas. En el camino de regreso a la oficina de correos ya se sintió como si fuese otra persona. Mientras todos le sonreían como niña pequeña de piel blanca y pelo rubio amistosamente, ahora parecía que nadie le prestaba atención, como si ella no existiera. Su vista se vio muy reducida a causa de la gorra y el pasamontañas y le costó mucho seguir a Raúl. Pero caminar con la caja de lustrar tampoco fue fácil y así golpeó a un pasante sin querer con la caja. “¡Ten cuidado, llok’alla!”, le gritó a ella. Emma estaba horrorizada, esto no era lo que se había imaginado. ¡El señor ni siquiera había notado que ella no era un chico!

En las afueras de la oficina de correos los dos se sentaron en el lugar de Raúl. Inmediatamente después vinieron otros lustracalzados diciendo que él o ella no podría lustrar ahí. Pero Raúl la presentó como su amiga y de esta manera ella pudo quedarse. Después le explicó a Emma: “Todo el centro de la ciudad está repartido entre los lustracalzados, casi todos tienen su lugar fijo. Si no fuera de esta manera, las cosas no funcionarían. Los lustracalzados que no tienen un lugar fijo, rápidamente son corridos por los demás.” Emma comenzó a sentir calor y picor a causa de la máscara. La posición incómoda al sentarse tampoco mejoró la situación. “Vos mejor lustra primero”, le dijo a Raúl. “Voy a ver una vez más como lo haces tú, para así no pintar las medias al primer cliente.” Después de que Raúl había lustrado dos pares de zapatos, dijo: “¡El siguiente lo tienes que lustrar tú!” Al poco tiempo se acercó un cliente: “Él es muy amable”, dijo Raúl. “¡Le lustro los zapatos todos los días!” “Hola Ramiro”, saludó el señor a Raúl. “¿Cómo estás? ¿Me lustras mis zapatos?” “Mi crema café se terminó, ¡pero el lustracalzado de mi lado puede lustrarle sus zapatos, señor!” Emma miró nerviosa a Raúl, pero él le sonrió esperanzado. “¡Tú puedes!” El señor lo escuchó. “¿Y, es la primera vez? ¡Queremos ver que tal lo haces! Con tan buen maestro, solo puede haber buenos resultados.” Después de tan amables palabras Emma se tranquilizó y comenzó a lustrar, paso por paso. Raúl siempre la estaba mostrando cual era el siguiente paso. Emma comenzó a sudar aún más bajo la máscara, pero terminando vio su trabajo con orgullo. “Muchas gracias”, con estas palabras se despidió el señor. “En verdad que era muy amable”, dijo Emma. “¡A él por lo menos le podrías decir tu nombre verdadero!” “Talvez en algún momento”, contestó Raúl titubeante. La siguiente hora transcurrió muy rápido, aun cuando los dos casi no tuvieron clientes. Pero hablaron y rieron mucho. De repente dijo Raúl: “¡Ahí viene tu padre de nuevo!” “Qué, ¿tan rápido?” Los dos niños miraron como el padre de Emma se acercó a ellos. Malhumorado vio a cada uno de los lustracalzados. Se notaba que no reconoció a nadie. De repente se dirigió a otro y le preguntó por Raúl. El lustracalzado miró de forma clandestina a Raúl y cuando éste le dio una señal lo señaló a él. El padre de Emma se acercó a Raúl quien se levantó: “¿Dónde está mi hija? Le he dicho que no se fuera de este lugar. ¡Y había confiado que tú la cuidarías! ¡Los dos me han decepcionado mucho! ¿Entonces, dónde está ella?” Raúl volteó hacia abajo a ver a Emma. Ella casi no pudo contener su risa. “Pero papá, estoy aquí, no me he movido de este lugar. ¡Tal como te lo he prometido!” El padre de Emma miró a los dos muy confundido. Recién cuando Emma se levantó, el padre mostró una sonrisa. “No puede ser. ¡De verdad, no te reconocí! ¡Ahora vamos a

comer juntos un helado! ¡Yo les invito!” “Eso tienes que hacer, ¡porque yo apenas he ganado lo suficiente para pagar el autobús de regreso a casa, y eso en dos horas!” dijo Emma.

Cuando estaban comiendo el helado, el padre de Emma tuvo todavía una buena noticia “He escuchado que debido al frío están prolongando sus vacaciones por una semana, Raúl. Entonces si quieren, pueden encontrarse más seguido en los próximos días. Esta vez ha funcionado bastante bien. ¡Pero te deberás sentar solamente al lado de Raúl, Emma! “Okay”, dijeron los dos niños sonriendo uno más que el otro.

7

Los siguientes días trascurrieron demasiado rápido según los niños. Apenas llegaba Emma al puesto de Raúl, cuando el padre ya la estaba recogiendo de nuevo. Al menos así les parecía. ¡En esto tanto tenían para contarse! Raúl hacía muchas preguntas a Emma sobre Alemania y ella le mostraba fotos para que él se pudiera imaginar todo mejor. Además todos los días le enseñaba un par de palabras en alemán. Raúl aprendía rápido y al paso de una semana ya podía presentarse, saludar a alguien y despedirse y ofrecer sus servicios de lustracalzado en alemán.

Cuando las vacaciones estaban por terminar, la madre de Raúl nuevamente le recordó invitar a Emma a su casa. Hasta ahora Raúl lo estaba postergando. ¿Qué diría Emma cuando viniera a su casa y viera cómo vive? Ella seguramente estaba acostumbrada a otras cosas en Alemania, pero también en la zona sur. Al final él tomó valor y le preguntó al padre de Emma, si ella pudiera acompañarle una vez a su casa. Él estaría trayéndola a cierta hora nuevamente a la oficina de correos. El padre de Emma aceptó, ya que durante este tiempo comenzó a estimar a Raúl por su forma de ser tan amable y responsable.

El camino le pareció a Emma infinito. Ya había perdido totalmente la orientación. Raúl vivía exactamente en la dirección contraria. Mientras que ella se dirigía unos 500 metros hacia abajo, Raúl tenía que dirigirse en dirección norte hacia El Alto, más o menos 500 metros más alto del centro de la ciudad. Cuando llegaron a la pequeña puerta de su casa, Emma ya estaba muy cansada. Pasando la puerta los niños entraron al patio. En las esquinas del patio había muchas cosas y varias puertas. Raúl le explicó a Emma, que una gran parte de su familia (tíos, tías, primos y primas) vivía ahí, pero también otra gente. De una puerta verde salió una mujer sonriente. Ella llevaba una pollera colorida y su cabello negro estaba tejido en dos trenzas largas. Llamó a los niños y los saludó de manera cariñosa. De repente salió gente de todos lados que hicieron un círculo alrededor de Emma, para recibirla con abrazos y besos. Emma estaba muy asombrada de tanta amabilidad. Se sentó en una de las camas y le dieron rápidamente una manta para cubrirse las piernas y un mate para que se calentara de adentro. A pesar de que la tarde recién había empezado, hacía mucho frío por el viento fuerte. Emma volteó a buscar la calefacción, pero comprobó que no había ninguna. ¿Qué tan frío hacía entonces ahí por las noches? En ese momento entendió bien, por qué las vacaciones de invierno en las unidades educativas estatales lo habían alargado por una semana y por qué los niños en el tiempo de invierno entraban una hora más tarde. ¡De otra manera no fuese posible sin calefacción!

Hacía frío, el lugar era pequeño y muy angosto, mucha bulla – y sin embargo: aun así Emma se sentía desde un inicio muy a gusto con Raúl y su familia. La convivencia, las risas, los hermanitos que siempre le estaban jalando el cabello, para comprobar que fuera real, todo esto hacia que Emma se sintiera muy feliz. Raúl también se relajó al ver que Emma estaba a gusto con su familia.

8

Emma vivía ya hace nueve meses con su familia en La Paz. Cuando volvió este día a casa, algo fue diferente, Emma lo sintió inmediatamente. Mamá había cocinado su comida favorita: Espagueti a la Boloñesa. También papá estaba en casa, eso era extraño a esa hora del día. “¿Cómo te fue en la escuela?”, la preguntó su madre. “Bien, ¡tengo 85 puntos en matemáticas!” “¡Súper!”, contestaron los padres casi simultáneamente. Su actitud era más tranquila que normalmente y durante el almuerzo la miraron de reojo varias veces. Algo estuvieron ocultando a ella. “¿Qué pasa? ¿Por qué están tan raros?” preguntó Emma. Ahí lo saltó del padre y dijo con voz entusiasmada: “Cariño, tenemos que contarte algo importante. He recibido una muy buena oferta de trabajo en nuestra ciudad en Alemania. ¡En dos meses nos mudamos nuevamente a Alemania!” Emma no sabía cómo reaccionar. Sentía gran alegría al volver a ver de nuevo a sus amigos, sobretodo Marie y el viejito Ben, más que todo porque no se llevó tan bien con los compañeros alemanes del curso en La Paz. Pero cuando pensaba en nunca volver a ver a su mejor amigo Raúl, la alegría se convirtió en tristeza. ¿Cómo decírselo y cómo mantener el contacto con él?

En las semanas siguientes, Emma y Raúl no hablaron mucho de los planes de los padres de Emma. Hasta el último encuentro en la casa de Raúl cuando tenían que despedirse. Raúl consoló a Emma y la prometió, que algún día se volverían a ver y propuso de mantener el contacto escribiéndose cartas. Emma se puso muy triste y casi no pudo detener las lágrimas, cuando su madre la recogió. Emma se despidió de la madre de Raúl y la agradeció por tantos días que había pasado con ellos.

En la última noche Emma no pudo dormir. Pensaba mucho en Raúl, en el largo vuelo y el encuentro con sus amigos de antes. En la subida al aeropuerto observó una vez más la ciudad y el Illimani. Se recordó a su llegada y todo lo que había conocido y aprendido a amar en La Paz, ante todo las muchas horas bonitas junto con Raúl. Ahora solamente estaba muy cansada y triste. ¿Cuándo volvería a ver a Raúl? Se propuso firmemente que ésta no iba a ser su última estadía en La Paz.

Dos semanas después de su llegada a Alemania Emma encontró una carta en el buzón. ¡Era de Raúl! En seguida empezó a escribir una respuesta y la llevó con su madre a la oficina de correos.

Querida Emma,
¿Cómo estás? Espero que llegaste bien a Alemania y que tus amigos de antes te hicieron una bienvenida cariñosa.
¡Te extraño mucho y espero que me cuentes en tu respuesta mucho sobre tu nueva, antigua vida!
Tu Raúl

Querido Raúl,
estoy bien, espero que tú también. Aquí no se cambió mucho y sin embargo es muy emocionante estar aquí de nuevo. Ah, ¡si podrías estar ahora aquí y ver todo con tus propios ojos! Hoy hacemos una fiesta y mis padres invitaron todos los amigos de antes. Mis amigos también estarán aquí. Me alegro mucho de verles. ¡Solo tú haces falta!
Tuya Emma

9

Un año más tarde

Querida Emma,
recibimos nuevas computadoras en el colegio y por eso también por fin tenemos clases en computación. Podíamos crearnos un correo electrónico. Siempre me alegro mucho por tus cartas, pero quizás es más

fácil por correo electrónico, ¿o que piensas tú?
En el colegio estoy en un grupo de música y toco la Quena. ¿Aún la conoces? Es una flauta muy típica para nuestro estilo de música. Al principio no me salió ningún sonido, pero con el tiempo estoy mejorando mucho. Intento practicar mucho si me da el tiempo. Por suerte todavía no molesta a mis hermanos así que puedo practicar también en la noche. Desde febrero estoy en 1ro de secundaria. Por eso tengo clases ahora por las tardes. Pero no está tan mal porque así puedo bajar a las 5:00 de la mañana a La Paz y lustrar ahí hasta las 9:00. Así por lo menos puedo colaborar un poco para que haya lo suficiente de comer en la mesa. Entretanto ya todos comemos cantidades enormes y mamá ni sabe cómo darse abasto cocinando. ☹
¡Cuídate mucho!
Muchos saludos, tu Raúl

Querido Raúl,
es muy práctico con el correo electrónico. A mí también me gusta escribir cartas, pero tarda siempre tanto hasta que recibo una respuesta tuya. ☹
Yo también acabo de cambiar el colegio (¡en agosto!) y ahora estoy en 5to. Lamentablemente el colegio ya no me queda tan cerca como antes, ahora me toca hacer un camino de 6 km en bicicleta. Es divertido sólo si no lloviera tanto.

Mis nuevos compañeros de curso en general son buenos, pero hay algunos que llevan solamente ropa de marca y piensan que son algo mejor que los demás. Por eso no me compro esta ropa a propósito. Pero eso no es tan fácil, porque te excluyen rápidamente. Luego pienso en ti y en la máscara. Pero uno debe confiar en sus convicciones ¿no?
Te mando un abrazo de oso,
tuya Emma

Querida Emma,
No puedes dejar de decirme e insistir que debería quitarme la pasamontaña, ¿verdad? Pero tú misma viste como la gente nos trata aquí. Por eso no me veo tomando el papel de la víctima. Es fácil decir: quítate la máscara. Pero la gente no sabe todo lo que ya hemos vivido y eso se nos graba. Hasta que no cambie el pensamiento de la gente no nos quitamos la pasamontaña tampoco. En la música o jugando fútbol podemos ser como somos y queremos ser. Por eso me encantan ambos. Nadie te pregunta de dónde vienes. Todo depende de ti y de tu rendimiento hasta qué punto llegarás. Así puedo lograr respeto para mí. En el colegio no es así. Las condiciones son distintas. Los que tienen plata pueden ir a colegios buenos, privados ¿y nosotros? Ya estoy feliz de que podamos reunir de alguna manera el dinero para todo el material escolar, los libros y los uniformes. ¡Sin la ayuda de una ONG eso no sería posible y ni pudiéramos ir al colegio! Y los uniformes no son tan malos: 1. No tienes que pensar por las mañanas que te vas a poner ese día y 2. Todos parecen iguales. ¡Así acoso escolar como en tu curso no existe! Lo siento mucho que en tu caso ahora está así. ¡Pero tus compañeros van a reconocer todavía qué buena persona eres!!
Te quiero mucho,
tu Raúl

Querido

Raúl,

solo pienso que puedes estar orgulloso de tu trabajo y que deberías contarlo también a los demás. Como tú deberían ser muchos más y podrías ser un ejemplo para ellos. No obstante estoy en contra de uniformes escolares, a pesar de todo es importante que cada uno es percibido totalmente como individuo. Incluso si cuesta eso más tiempo por las mañanas. Tienes toda la razón. Pienso también, que depende mucho dónde uno nace. Y a pesar de eso es una casualidad. Si bien, aquí también hay diferencias entre las capas sociales, pero en general la posibilidad de tener una buena formación la hay para todos. Yo participo ahora en un grupo de mi colegio para colaborar en proyectos sociales, así puedo hacer por lo menos un poquito. Muchos saludos a todos. Yo también te quiero mucho, tuya Emma

5 años más tarde

Hola

Emma,

¿tenías vacaciones hermosas? Espero que pudieras usar tu español de La Paz bien en Madrid. ☺ ¡Aquí mientras tanto ha pasado mucho! ¡He recibido una beca en la escuela de música en La Paz donde me dan clases profesionales para Quena! ¡Apenas lo puedo creer!! Con mis 16 años soy uno de los más jóvenes, pero los demás son muy simpáticos y me recibieron bien. ¡Ahora hay que practicar aún más! ¡Si tendría sólo más tiempo! ¡Espero que te esté yendo bien en el colegio! Saludos cariñosos, Raúl

Hola Raúl, ¡felicidades!!! Quisiera tanto escuchar cómo tocas y espero con suspenso si te gustará la escuela de música. En mi colegio está yendo todo bien. Hace rato he preparado con mi amiga una ponencia y ahora voy a planificar con mi madre la fiesta para mis 15 años, en la cual por desgracia no puedes estar presente. Muchos saludos a tu familia, Emma

Querida

Emma,

¡todo lo mejor por tus 15! Si estarías ahora en La Paz, te celebraríamos muy grande. ¡El cumpleaños más importante de una señorita! ☺ Pero en su caso es el cumpleaños de 18 años, ¿verdad? Dentro de dos meses tengo con los demás de mi grupo la primera presentación. Muchos políticos y otra gente importante estarán allá. Muchos saludos y un abrazo, Raúl

Querido

Raúl,

¡mis cumpleaños fueron bien hermosos! Te hubiera gustado también, aunque no fue así como lo hubieran celebrado en La Paz. ☺ Sin embargo todos nos hemos divertido mucho. Aquí no hay muchas novedades. Mucho colegio, tareas, coro y deporte y luego comienza la semana otra

vez de nuevo ...
Saludos cariñosos, Emma

Dos años más tarde

Whats app

Raúl: ¡Emma, ha sucedido algo inimaginable!!

Emma: ¿Qué pues? ¡Cuenta!

Raúl: ¡El director de nuestro grupo planifica actuaciones de nosotros en Alemania!

Emma: ¿Qué??? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? (¿Por qué? Lo dejo por un lado)

Raúl: Dentro de aproximadamente dos meses, entonces en mi cumpleaños 18 debemos partir. Tocamos durante tres semanas en ciudades diferentes. Él ha logrado un financiamiento para el proyecto. ¡Antes no nos había contado nada porque no quería darnos falsas esperanzas!

Emma: ¡Increíble, me alegro tanto!! Entonces viajo tras de ustedes para escucharte las veces más posibles. ☹ No, tonterías, debo ir al colegio. Sin embargo ¿no podrías venir por algunos días donde nosotros? ¡Seguramente papá y mamá se alegrarían también! ¡Desde ahora estás ya invitado!!

Raúl: Preguntaré esta tarde.

Emma: Oh, me alegro tanto. ¡Entonces puedes conocer a todos y todos pueden conocerte a ti finalmente!

Raúl: Ni yo puedo creerlo. ¡Que te visito una vez en Alemania quién lo habría pensado! Pero te he prometido que nos volveremos a ver. ☹

Emma: ¡Escríbame si sabes algo más!

Raúl: Sí, lo hago, pero será cerca de las 18:00.

Emma: Entonces aquí ya son las 24:00 y seguramente estaré durmiendo ya. Pero así tengo algo hermoso al despertarme. ¡Estoy ya tan feliz desde ahora!!

10

Dentro de dos semanas deberían partir. Raúl haría por primera vez un viaje en avión, justo a Alemania dónde su mejor amiga Emma vivía y de lo que ya había escuchado tanto. En el colegio se encontraba en el último año escolar. En realidad la fecha de viaje estaba muy desfavorable, pero ¿cuándo se lo presentaría tal ocasión una vez más? Dado que era un alumno muy bueno, él había concertado con los profesores que él iba a estudiar la tarea de estudios independientemente y hacer los exámenes después de su vuelta juntamente con sus compañeros de curso. Ellos le habían dicho claramente que no habría ninguna excepción para él. Todo esto le preocupó solamente poco. Raúl era responsable y sabía qué esperaban de él. Dentro de un año quería estudiar ingeniería de construcción en la universidad. Él tenía más preocupaciones por su familia. ¡Estaría lejos por tres semanas! Hasta ahora ni siquiera había estado fuera por una noche. Raúl había trabajado mucho durante las últimas semanas pudiendo ahorrar un poco de dinero. Cuando quería dar este dinero a su madre, ella le dijo: “Lleva tú el dinero a Alemania. Podrás utilizarlo allá. ¡Si al final tienes un restante, tráenos algo bonito! Nos desenvolvemos aquí ya, no

te preocupes por nosotros. ¡Alégrate por esta ocasión extraordinaria! ¡Cuando estés de nuevo aquí, tienes que contarnos todo con exactitud!”

11

En la noche antes del vuelo Raúl escuchó una vez más las noticias. Hace una semana ya había marchas de grupos diferentes en el centro de la ciudad bloqueando las calles. Por algunos lugares no se podía pasar. Él se proponía tener en cuenta una hora más para el camino al aeropuerto para no perder el avión.

Raúl se había despedido de su familia en casa. Así lo había preferido, si no tal vez habrían corrido algunas lágrimas a pesar de todo y la despedida hubiera sido más difícil todavía. En el aeropuerto esperaron ya otros miembros de su grupo. José, su director de grupo, habló alterado por teléfono con Armando que vivía en La Paz detrás del estadio de fútbol y aún no había llegado al aeropuerto. Justamente hoy había un partido de fútbol internacional contra Chile. (Los partidos internacionales siempre fueron jugados en La Paz, y debido a que los otros equipos no estaban acostumbrados a la altura, el equipo boliviano ya podía remitir algunos éxitos considerables.) Todas las calles alrededor del estadio estaban cerradas. Armando estuvo ya durante tres horas en camino, para una distancia para la cual necesitaba normalmente tres cuartos de horas. Llamaron el vuelo, el grupo tenía que entrar. Si esperarían aún más tiempo, todos perderían el vuelo. Armando le faltaron solamente pocas cuerdas, sin embargo ya no lo lograría. Triste y quedando despatarrado Raúl se dirigió con su mochila al control.

En el avión Raúl tuvo un lugar de ventana. Sacó un chicle. Emma le había aconsejado masticar chicle durante la salida para evitar con eso dolores del oído. Curiosamente miró las ciudades El Alto y La Paz desde arriba. Estaba muy emocionado y se sintió como si su corazón se rompería inmediatamente; sería mejor ya no mirar de la ventana. En Santa Cruz ellos fueron controlados una vez más; le parecía a Raúl, como si buscaron muy extremadamente en el caso suyo y de sus amigos. “Sólo porque venimos de La Paz”, pensó. ¡Aquí la gente se siente como algo mejor! A pesar de todo, todos somos bolivianos.”

Antes de la salida a Madrid una azafata dio explicaciones para atar el asiento y sobre las salidas de emergencia. El vecino de asiento de Raúl, Juan, sacó una foto de la azafata con su celular. Cuando ella había terminado, se arrojó a Juan, le obligó a borrar la imagen inmediatamente y lo amenazó con una denuncia. Juan y Raúl estuvieron completamente perplejos. Nadie les había dicho que no podrían sacar ninguna foto. Finalmente, José podía tranquilizar a la mujer, sin embargo, ambos muchachos se sentían ofendidos. Todo era tan nuevo, ¿qué tanto todavía pasaría? ¿Cuántas veces más meterían la pata sin saberlo o darse cuenta?

¡El aeropuerto en Madrid era gigantesco! Si bien, todas las inscripciones estaban en español, sin embargo no se orientaron. Sólo después de una larga búsqueda y preguntas el grupo llegó, finalmente, a la puerta correcta. Muy tarde, pero estuvieron a tiempo todavía. ¡En el avión a Fráncfort hubo una sorpresa para Raúl! ¡Su lugar se encontró en la primera clase! Por primera vez él pudo relajarse bien y disfrutar el vuelo. ¡Ahora, finalmente, le llegó la ilusión a la estadía verdadera!

12

En Fráncfort el grupo pasó sin problemas por el control de pasaporte hasta la distribución de equipaje. Una pieza de equipaje tras otra levantaron de la cinta. Por fin todos tuvieron sus maletas, sólo faltó la de Juan. Por suerte podía ser constatado que su equipaje se había quedado en Madrid. Esto estaría reenviado al día siguiente. Raúl miró la hora. Ellos habían perdido su tren a Berlín. ¿Qué debían hacer ahora?

Completamente ensimismado Raúl arrastró su maleta a la salida. De repente escuchó una voz llamándolo. “¡Raúl, Raúl! ¡Finalmente! ¡De todo corazón bienvenido a Alemania!” Delante de él estuvieron Emma y sus padres, ¡no les había esperado para nada! ¡Qué bien hacía ver una cara conocida después de todas las fatigas del vuelo! Emma lo abrazó impetuosamente. ¡Así a Raúl le llamó la atención que ella lo sobrepasaba alrededor de una media cabeza! Emma había descubierto, entretanto que ellos podían tomar el tren una hora más tarde. Ella y sus padres llevaron el grupo seguro a las vías del tren y tuvieron un poco más de tiempo todavía. “Tres semanas son tan cortas. Por eso hemos pensado que queremos verte por lo menos ya una vez en el aeropuerto”, dijo Emma. La sorpresa había salido bien. “¿Cómo es ahora su planificación exacta del viaje?”, quiso saber ella de Raúl. “¿Cuándo exactamente van a venir donde nosotros a Bocholt?” Ella ya supo que por el contacto entre ella y Raúl el director de grupo había cambiado el itinerario. Junto con el padre de Emma ya había podido organizar actuaciones diferentes en Bocholt y el alojamiento en familias de huésped. Raúl viviría naturalmente junto a Emma y su familia. “Al principio vamos a Berlín”, le respondió Raúl. “En la segunda semana estamos en Colonia y ¡luego nos quedamos toda la semana con ustedes! De ahí volveremos a Fráncfort.”

El tren de alta velocidad a Berlín entró. Los dos tuvieron que despedirse, ¡pero esta vez solamente fue por el tiempo de dos semanas! Raúl abrazó también a los padres de Emma: “¡Muchas gracias por la hermosa sorpresa! Sin ustedes nos habríamos perdido todavía unas 100 veces. ¡Me alegro ya mucho por el reencuentro con ustedes en Bocholt!”

En el tren Raúl y sus amigos tuvieron que buscarse un lugar. Sus reservas habían sido válidas sólo para el tren más temprano, ahora estaban sentados de modo distribuido en todo el vagón. De buena gana Raúl constató que podía cargar su celular en el tren y tuvo hasta Internet. Así mandó a su hermana mayor una noticia que había llegado bien a Alemania. Él miró de la ventana. El tren iba seguro a la velocidad de más de 200 h/km y todo corrió muy rápido. De lejos podía reconocer algunas ruedas eólicas. La mayoría de los nombres de las ciudades no le decían nada, sólo Wolfsburg le era conocido debido a la gran empresa de automóviles Volkswagen.

13

Raúl se sintió como en un sueño y tuvo miedo de despertarse de ello. Pero cada día se dio cuenta de nuevo que realmente estaba en Alemania. El grupo tenía actuaciones diferentes en Berlín y Colonia que fueron bien recibidas. A algunos conciertos habían venido voluntarios que habían trabajado antes por un año en la ONG por la cual Raúl era apoyado en La Paz. Los otros miembros del grupo estaban muy sorprendidos de cuántos alemanes conocía Raúl. Sin embargo él no dio ninguna explicación al respecto, sino se alegró simplemente por muchos reencuentros. ¡Sobre todo ellos le dieron el sentimiento de ser estimado! ¡En parte ellos habían tenido largos viajes por Alemania solamente para verlo a él!

Entretanto el grupo tuvo también tiempo para ver las atracciones turísticas de ambas ciudades. La Puerta de Brandeburgo y la Catedral de Colonia les impresionaron mucho. En Berlín participaban también en un tour turístico con un anterior indigente y conocieron así una realidad la cual a Raúl le recordaba a La Paz. Las experiencias en la indigencia y la discusión con la discriminación, el vivir y trabajar en la calle, pero también el gran significado de la cohesión y signos de la solidaridad fueron muy parecidas a sus experiencias propias. Particularmente el optimismo del guía que podía encontrar también en todo el mal algo positivo le impresionó a Raúl. Su ejemplo le mostró que importante era de aceptar ayuda que permite cambiar la vida propia positivamente, pero al mismo tiempo también ser uno mismo. Él reconoció para sí mismo que sólo así los prejuicios pueden ser desmontados y se consiguen cambios progresivos.

Esa misma tarde, cuando ellos todavía se reunían en el grupo y hablaron sobre el tour, Raúl se soltó la malena y contó a los demás que él trabajaba en La Paz como lustracalzado. Le costó mucho, pero notó que los demás lo escucharon atentamente. Cuando había acabado, Juan dijo: “¡Por eso conocías tanta gente en nuestros conciertos! ¿Por qué no nos has contado todo eso antes?” Raúl se encogió de los hombros avergonzado: “Pensaba que entonces ya no me quisieran tener más en el grupo. Hay tantos prejuicios y luego uno es excluido rápidamente.” Allí Efraín se entrometía: “Puedo confirmarlo. He adquirido mucha experiencia con eso.” Él vaciló y luego miró directamente a Raúl. “¡Porque yo también soy lustracalzado! ¡En efecto en El Alto, probablemente por eso no sabíamos nada uno del otro!” Un momento corto había silencio, luego su director de grupo José empezó a aplaudir y todos los demás incidieron. “¡Estoy muy orgulloso de ustedes!” dijo. „¡Y ustedes deberían estarlo también! ¡Son muchachos fantásticos, buenos alumnos y músicos y apoyan a sus familias con su trabajo! ¡No les trataremos de otra manera, ahora que sabemos que son lustracalzados!” Inmediatamente le caían a Raúl varios pesos de encima. Aquí estaba sentado con sus amigos con los que compartía su amor a la música, y lo aceptaban así como él era. ¡Ya no tenía que ocultar nada ante ellos y podía ser simplemente él mismo! Esta sensación hasta ahora solamente había tenido exclusivamente con Emma. Ella estaba en lo cierto, era importante ser uno mismo. ¡No se podía esperar sólo que los demás cambiaran, uno mismo tenía que hacer algo para ello!

14

Emma estuvo parada en la estación de Bocholt. Junto a ella esperaron las familias de huésped de los otros participantes. Uno no se podía perder aquí, sólo había un andén, cada hora el tren llegaba para después volver directamente el mismo tramo. Bocholt era una ciudad con aproximadamente 73.000 habitantes, en comparación con La Paz una ciudad pequeña. ¡Ella estaba directamente en la frontera holandesa, de un pie se podía estar en Alemania y con el otro en los Países Bajos! Para los bolivianos Emma había planificado también ya una sorpresa: ¡durante un día sus padres querían hacer con ellos una excursión al mar en Holanda! Bolivia ya no tenía ningún acceso al mar hace más de 100 años, lo había extraviado durante una guerra contra Chile. ¡Emma sabía que era el gran sueño de Raúl ver una vez el mar!

El tren entró. Poco a poco todos bajaron. Raúl dirigió el grupo y saludó con cariño a Emma y sus padres. Los demás estaban un poco tímidos esperando detrás de él. El padre de Emma se hizo responsable de la distribución de los jóvenes bolivianos a las familias de huésped. Eran familias amigos de los padres pero que nunca habían estado en América del Sur ni hablaban nada de español. Efraín quiso abrazar inmediatamente a su madre de huésped y saludarla con un beso en la mejilla, sin embargo ella retrocedió un paso y le extendió la mano hacia él. Raúl y Emma tuvieron que reír. Era un ejemplo claro cómo dos culturas chocaron. Después por suerte la madre de huésped de Efraín pudo reír también de ello y abrazó a Efraín entonces. Ella dijo a Emma: “Como alemana una tiene que soltarse primero. No estamos acostumbrados de abrazar directamente a un ajeno.”

Raúl fue con Emma y su padre en el auto a casa. Ellos vivían fuera del centro de la ciudad en el campo. Las casas se encontraban lejos por separado, su vecino tenía una granja grande. Sus vacas estaban paradas hasta las limitaciones del terreno y podían ver sobre el seto en el jardín de Emma. Raúl aspiró el aire. En Berlín y Colonia había olido en realidad como en La Paz. Aquí olía a la naturaleza – y a abono. Emma vio su cara y rio: „¡Aquí en mi pueblo tenemos más vacas que habitantes! Tendrás que acostumbrarte al olor. Hoy sin embargo es realmente muy fuerte. No siempre es así. ¡Sin embargo para mí es el olor de estar en casa!” Esto Raúl podía comprender bien: muchos pensaban que la crema de lustrar olería mal, sin embargo él amaba ese olor.

En la cocina ya les esperó la madre de Emma, ella había cocinado lasaña. Hambrientos ellos se sentaron en la mesa y comieron todos juntos. Para la tarde estuvo planificado un café con queques y tortas con el grupo de Raúl y las familias de huésped. Tuvieron que preparar todavía muchas cosas y sacar las mesas y los bancos afuera. Poco a poco llegaron los amigos de Raúl con sus familias de huésped y todos trajeron pasteles. Así se producía un bufé grande de pasteles. „Esto es un poco como nuestro apthapi“, pensó Raúl. „¡Cada uno trae algo y entre todos se come!“ Como último llegó Juan con su familia de huésped. Su padre de huésped era un hombre grande y fuerte. Él saludó al padre de Emma con una voz fuerte. Raúl sobresaltó. Juan le susurró: “Creo que está de mal humor. Anda siempre así gritando. Pero a los demás no les parece molestar.” Emma había escuchado las palabras de Juan, aunque él había hablado sólo con voz baja. Ella intervino: “Ahorita he escuchado lo que has dicho, Juan. Tu padre de huésped no está molesto. Él ha saludado aún muy amablemente a mi padre. Él habla simplemente en voz alta.” Raúl añadió: „Cuando he conocido a Emma y más tarde a los voluntarios, también he pensado, que ellos peleaban y discutían siempre cuando hablaban alemán. Pero ellos hablan simplemente así.“ Juan hizo un movimiento con los hombros. De nuevo algo nuevo, y él había pensado ya, que los alemanes serían puro gruñones.

Después de que todos estuvieron satisfechos con los primeros cafés y pasteles, el padre de Emma dio la bienvenida oficial a todos. José se paró a su lado y anunció un concierto pequeño. Ahora por primera vez Emma escucharía a Raúl en vivo con su Quena. Admirando escuchó la música. Ella conocía muchas canciones, algunas todavía de antes, otras le había mandado ya Raúl. También los padres de Emma y las familias de huésped escucharon la música con entusiasmo. Después de muchas yapas José puso en el reproductor un disco con música típica de Bolivia. Dado que los bolivianos ya no tuvieron ningún instrumento en sus manos, ahora pudieron bailar también la música. Para cada ritmo había un baile de folclore correspondiente cuyos pasos todos dominaban bien. Entre dos bailes Raúl se dio cuenta del asombro de Emma y le dijo: “Cada boliviano puede bailar los diferentes bailes de folclore. En la escuela y en el colegio aprendemos en la clase de educación física cada año por lo menos un baile que luego representamos.” Cuando los bolivianos pidieron a los alemanes bailar juntos con ellos, muchos se hicieron del rogar al principio y no quisieron bailar, pero al final casi todos se movieron en la "pista de baile". El hielo se había roto, los alemanes se soltaron y dejaron su distanciamiento; todos trataron de entenderse con la mímica y con gestos, apoyado por traductores de internet. Para todos fue una tarde maravillosa.

15

El día siguiente se reunió el grupo de Raúl en la casa de Emma para planificar los conciertos de la siguiente semana. El padre de Emma ya había organizado bastante. Algunas mañanas deberían dar conciertos pequeños en algunos colegios, y en las noches conciertos para el público general. En la tarde cada uno pudo pasar tiempo con sus familias de huésped. Raúl y Emma quisieron ir en bicicleta al centro. Emma le mostró la bicicleta de su madre. “Puedes intentar andar en esa. Ya que es un poco más pequeña que la mía.” Raúl ya había andado en bicicleta antes, en El Alto, donde el paisaje era igual de plano como en Bocholt. Se montó y echó a andar. Fue un asunto bastante tambaleante. “Antes de que nos vayamos al centro, mejor practiquemos aquí todavía un poco”, dijo Emma riendo. “Como aquí apenas pasan vehículos, es bastante seguro.” Efectivamente no hubo mucho movimiento. De vez en cuando Raúl había visto a un paseante con su perro. Uno tenía que planificar bien las compras de la semana, menores con la bicicleta, mayores con auto. Raúl extrañó las señoras vendiendo verduras y frutas en los bordes de las calles, y también los pequeños puestos de venta que aparecían en cada esquina en La Paz, donde uno compró de todo, desde víveres y bebidas, hasta artículos de higiene personal y de oficina.

Después de media hora de práctica y dos caídas menores, el manejo de la bicicleta ya fue mucho mejor y Raúl se sintió más seguro. También Emma estuvo convencida de sus habilidades: “¡Vámonos! Hay ciclovías por todos lados. Además los choferes suelen tener mucho cuidado, ya que en sí cada uno es ciclista igual.” Para llegar al centro demoraron el doble del tiempo habitual de Emma, pero no fue problema. Tuvieron tiempo y se divertieron mucho en el trayecto. En el centro entraron a varias tiendas. De todas formas Raúl todavía necesitaba algunos regalitos para su familia. “En Berlín y Colonia ya he comprado algunos imanes con las atracciones típicas. ¿Qué más hay que sea muy típico de Alemania y a la vez fácil de llevar?” quiso saber Raúl de Emma. “Puh, eso es difícil”, Emma se puso a pensar. “Aquí no es tan fácil como en Bolivia. Ustedes tienen tanta artesanía, productos de alpaca; hay que subir la Sagárnaga, la calle más turística de La Paz, tan solo una vez, y uno encuentra una cantidad de cosas. Aquí son comidas, más que todo como chocolate, gomitas de oso y pan, cerveza también por supuesto. Además tal vez un libro de fotografías, pero no se me ocurre más.” Emma siguió pensando. “Quizás deberíamos buscar algo más práctico.”

En la noche se habían llenado las mochilas de ambos. Raúl al final había tenido mucho éxito en sus compras y había conseguido muchos dulces y dos juegos de cartas para sus hermanos. A su madre le quería llevar un sartén y una bolsa de agua caliente, para sí mismo se había elegido un set de herramientas – todo hecho en Alemania. Tenía grandes expectativas que la calidad alemana equivalía en realidad a su fama. En la vuelta Emma frenó de repente en medio camino. “¡Tenemos que comer si o si todavía un Döner! ¡Es algo típico alemán, aunque originalmente es de Turquía!” Raúl no se podía imaginar qué era un Döner. Entonces vio un asador vertical una con carne que fue cortado en lonjas delgadas hacía abajo. Emma le mostró las guarniciones: “La carne se sirve con un pan plano especial. Los acompañamientos los puedes elegir tú: lechuga, repollo, tomates, cebolla, queso de cabra y ají.” Raúl pidió un Döner con todos los acompañamientos y con mucho ají. Fue la primera vez que recibió en Alemania una comida picante, ya le había hecho falta la llajua, la salsa picante que se sirve con toda comida en Bolivia. El Döner realmente fue muy picante y se volvió en este mismo instante en su comida favorita en Alemania. En general la comida en Alemania le gustó, aunque a veces no era muy condimentada y muchas veces había platos con fideos sin nombre. Le impresionó a Raúl qué tan rápido se preparaba la comida. Por un lado se daba seguramente porque el agua hervía a 100 grados (y no a 80 grados como en La Paz) y los fideos y el arroz no tenían que ser tostados antes de cocerlos, pero también la preparación en sí fue más sencilla. Parecía como si los alemanes simplemente picaban todo tipo de verdura que encontraban en casa y de ello preparaban una salsa. Listo. En Bolivia, donde todos los platos tenían un nombre y se prepararon los platos de casi la misma manera en cualquier lugar, uno estaba preparando la comida por dos horas al menos, aquí a veces la comida estaba lista después de media hora.

16

El último concierto se llevó a cabo en una escuela de primaria. Raúl y Efraín habían fabricado de madera dos cajitas de lustrar en los días anteriores en el garaje del padre de Emma, y las querían llevar a la escuela. Crema y cepillos para lustrar también habían conseguido. La madre de Emma hasta tenía un pantalón de coderoy del cual pudieron cortar trapos para sacar el brillo. Las clases de Emma empezaron recién una hora más tarde, por lo cual pudo acompañar a los músicos.

Los alumnos de primer y segundo de primaria saludaron al grupo con una canción de bienvenida en varios idiomas. Después una parte del grupo tocó algunas canciones de su repertorio, y dos de ellos bailaron. A continuación Raúl y Efraín se sentaron con sus cajitas al centro del aula y los niños se sentaron

en semicírculo alrededor de ellos. 120 caras ansiosas miraron a los músicos. Ambos estaban un poco nerviosos. Emma se les asomó y les contó a los niños: “Ellos son Raúl y Efraín. Trabajan en La Paz como lustracalzados y de esa manera ganan dinero para su familia para que tengan lo suficiente para comer y para que ellos y sus hermanos puedan ir a la escuela y al colegio.” Se dirigió a las y los alumnos: “¿Cuántos años tienen ustedes?” De todos lados gritaron los niños: “¡6, 7, 8!” “Esa misma edad tenían Raúl y Efraín cuando empezaron a salir a lustrar zapatos”, dijo Emma. Los niños miraban a los dos lustracalzados con caras de asombro. Emma echó un vistazo sobre los niños y miró sus zapatos. Casi todos andaban con tenis, pero un chico tuvo puesto zapatos de cuero. Estaban bastante limpios, pero sin embargo lo preguntó si quiso que se lo lustraran. “Los compramos tan solo ayer” dijo el chico. “Vamos a ver cómo quedan después de que Raúl los haya lustrado. ¡Te apuesto que estarán más bonitos aún!” dijo Emma riendo. Tímido se acercó junto con Emma a Raúl y puso su pie en la cajita. Raúl empezó a lustrarle los zapatos y terminó sacándolos brillo. “¡Tus padres se van a sorprender!” le dijo Emma cuando el niño vio admirando sus zapatos. Después una profesora se acercó a Efraín. A sus zapatos de verdad les faltaba una lustrada, y Efraín los hizo brillar. ¡Al final todos aplaudieron! Emma invitó a los niños a acercarse más a Raúl y Efraín. Pudieron sentarse en el banquito y se sorprendieron cómo alguien podría estar sentado allí por tanto tiempo. Con el apoyo de Emma, Raúl y Efraín lograron responder a muchas preguntas de los niños. Al final el grupo tocó las últimas canciones.

En la cena con los padres Raúl dijo: “El día de hoy a todos nosotros nos ha gustado más que todo. ¡Se les notó en los ojos que les gustó la música! Y también se pusieron muy curiosos cuando entramos con las cajitas de lustrar. ¡Nos bombardearon con preguntas! Me hizo sentir muy bien explicarles porqué había empezado a lustrar en La Paz desde niño.” El padre de Emma le consintió. “Me parece estupendo que estén aquí en Bocholt y que puedan transmitir tanto de sus tradiciones, experiencias y de su alegría a través de sus conciertos y ahora también a través de las lustradas. Aquí se sabe muy poco de Bolivia. Pero nosotros podemos aprender tanto de ustedes.” Raúl le miró con escepticismo: “Alemania está mucho más desarrollada. Ni siquiera puedo ayudarles en la casa en algo para darles las gracias. Ustedes tienen máquinas para todo: lavaplatos, lavadora de ropa, secadora de ropa, ahí no se les puede ayudar casi en nada. ¡Hasta tienen una máquina para lustrar zapatos!” Raúl rio. “Pero no saca tanto brillo a los zapatos como yo.” “Tienes razón”, le asintió el padre de Emma. “Eres un experto de verdad.” Con esto miró los zapatos recién lustrados por Raúl. “Pero nosotros aprendemos de ustedes que significativo tiene la familia para ustedes. También su apego a la Pachamama, la madre tierra, siempre me impresionó mucho en Bolivia.” “Así es”, dijo Raúl. “La Pachamama es muy importante para nosotros. Pero sin embargo tengo la impresión que hay mayor consciencia aquí acerca del medio ambiente. Ustedes hasta separan la basura en papel, vidrio, plástico, desechos orgánicos y basura no reciclable. Yo por si acaso también he aprendido mucho en estas tres semanas.”

17

Se había acabado el viaje de conciertos y Raúl estuvo sentado en el avión con rumbo a La Paz. Había pasado la mitad de la noche conversando con Emma. Habían hablado sobre sus planes en el futuro, sobre lo que deseaban para el futuro de sus vidas, y se habían dado cuenta que sus ideas eran muy similares. Lo tenían claro: para que el mundo cambiara, para que se volviera un lugar más social y equitativo, tenían que moverse ellos mismos, cada uno en su propio país (por lo menos por el corto plazo). Sus experiencias con otras culturas les iban a ayudar para poder acercarse a otras personas de manera abierta y sin prejuicios. Los dos habían aprendido que nuevos contactos, perspectivas y culturas pueden ser sumamente enriquecedores. Su amistad era el mejor ejemplo para demostrar cómo superar fronteras y que sí es posible crear un mundo mejor. Cuando se iban a volver a ver, ni Emma ni Raúl lo

sabían. Pero de que se volverían a ver nuevamente, eso era muy claro para ellos. Y hasta entonces iban a permanecer en contacto. Con este pensamiento Raúl se durmió.